

“(NO) ME DECLARO CULPABLE”. LA CONQUISTA DE LA VOZ EN “LA CULPA ES DE LOS TLAXCALTECAS”, DE ELENA GARRO

“I do (not) plead guilty”. The Conquest of Discourse in Elena Garro’s “La culpa es de los tlaxcaltecas”

IRIS DE BENITO MESA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA (España)
idebeme@alumni.uv.es

Resumen: la figura de la Malinche aparece repetidamente en el discurso histórico de la conquista de México. Ya sea como traidora a su pueblo, amante de Hernán Cortés, responsable de la matanza de Cholula o madre del primer mexicano “mestizo”, su recepción se ha apropiado de tal imagen para representar un modelo negativo de mujer. La producción literaria y crítica ha acabado por hacer de ella un referente ficticio cargado de atributos que van de las nociones de culpa, traición o manipulación a otras relacionadas con el amor o el deseo pasional hacia el conquistador. A partir de “La culpa es de los Tlaxcaltecas” (1964), de Elena Garro, se analizarán las lecturas subversivas que genera esta propuesta, así como las posibles contradicciones a las que da pie el discurso del amor romántico.

Palabras clave: indígena, culpa, conquista, reescritura, voz

Abstract: The figure of Malinche appears constantly in the conquest of Mexico’s historical discourse. Shown as a betrayer to her people, the lover of Hernán Cortés, responsible of the slaughter of Cholula or mother of the first “mestizo” mexican, criticism has appropriated her image in order to represent a negative archetype of woman. The literary and critical production has finally turned Malinche into a fictional referent around which there can be found several attributes ranging from the concepts of blame, treason or manipulation to other characteristics related to love or passionate desire to the conqueror. From a gender perspective, different subversive readings can be drawn from the analysis of Elena Garro’s narrative “La culpa es de los tlaxcaltecas” (1964), but also various contradictions caused by de discourse of romantic love.

Keywords: Indigenous, Blame, Conquest, Rewriting, Voice

Si todos somos los hijos de la Malinche, hasta las mujeres,
¿cómo pueden ellas (podemos nosotras) compartir o discernir
su (nuestra) porción de culpa y hasta de cuerpo?

Margo Glantz, *Las hijas de la Malinche* (1994)

Escribir la doble alteridad: mujer indígena. La Malinche en la Historia y en las ficciones latinoamericanas del s. XX

“América Latina, como la novela, se creó en el archivo”. Esta afirmación de Echevarría (2000: 59) conduce al planteamiento de que el origen de la idea de América y el de las ficciones sobre la misma convergen en un único acontecimiento que pasa necesariamente por el ritual de lo escrito. Cabe preguntarse, entonces, cuánto hay de literatura, de ficción, en la escritura de la historia de América, y cuánto hay de esa historia en las ficciones latinoamericanas en las que la pregunta sobre los orígenes, la vuelta al inicio, configura uno de los tópicos más recurrentes. Así pues, posar la mirada sobre los hechos de la Conquista, dialogar con ellos, supone dialogar también con la memoria no sólo individual sino de toda una comunidad. Sobre esta base, puede plantearse la reflexión acerca del pasado como un intento de comprender o interpretar el presente; de responder a ciertas preguntas acerca de la identidad, entendida como la describe Hall:

Uso “identidad” para referirme al punto de encuentro, el punto de sutura entre, por un lado, los discursos y prácticas que intentan “interpelarnos”, hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de “decirse”. (2003: 20)

Todorov (1998: 13-23) propone que la Conquista de América es el descubrimiento que el yo hace del Otro. En este sentido, entenderemos al “yo” como el conquistador, hombre occidental, mirada desde la que se escriben todas las crónicas y desde la cual la Historia es contada. A partir de este “yo”, surgirán distintas maneras de relacionarse con el “otro”, de definirlo, de delimitarlo en un perímetro en que no suponga una amenaza al estatuto de identidad de lo propio o, lo que es lo mismo, definir al otro para establecer los márgenes de lo que uno es y no es, en tanto lo es el otro. Dice Stuart Hall (2003: 18), a propósito del concepto de la identificación, que ella “está sujeta al ‘juego’ de la *différance*” y que necesita, pues, “lo que queda fuera, su exterior constitutivo, para consolidar el proceso”; esto es, lo denominado por varios autores como el “afuera constitutivo” (Derrida, 2014;¹ Butler, 1993). De este

¹ Edición consultada en Derrida, Jacques (2014), *Posiciones. Entrevistas con Henri Ronse, Julia Kristeva, Jean-Louis Houdebine y Guy Scarpetta*. Valencia, Pre-Textos.

modo, el "yo" occidental —sea hombre, sea conquistador— ve en el indígena al otro, a esa diferencia que le obliga a pensarse de otro modo y a concebir su propia finitud. Sin embargo, las oposiciones no terminan ahí. Si el indígena es concebido en tanto alteridad, la mujer indígena será Otra por partida doble, doblemente el término marcado de una oposición que sirve para dar cuenta de una determinada dinámica de poder. En un acercamiento a las teorías derridianas sobre la metafísica occidental, Asensi sintetiza lo siguiente:

Es conveniente darse cuenta en este punto de que esa matriz jerárquica orienta los términos que figuran o que figuren en ella. Da igual que hablemos de presencia/ausencia, vida/muerte, cuerpo/alma, inteligible/sensible, contenido/expresión, realidad/ficción, hombre/mujer, habla/escritura, espíritu/materia, élite/popular, teoría/práctica etc., lo característico es que los términos que aparecen en primer lugar ocupan una posición jerárquica superior respecto a los términos que aparecen en segundo lugar. (2004: 12)

Ahora bien, ¿quién fue la Malinche? Si nos acercamos a la historia de la conquista de México, su nombre aparecerá de alguna forma como uno de los personajes presentes en dicho episodio. La Historia le confiere uno u otro papel, ya sea el de intérprete, ya sea el de amante de Cortés, ya sea el de esclava, ya sea el de artífice de una traición imperdonable a su pueblo que pasará a la posteridad como acontecimiento clave en la victoria de Cortés sobre Tenochtitlán. Sin embargo, muy poca es la información contrastable que se tiene sobre dicho personaje, y su tratamiento en el discurso histórico lleva necesariamente al planteamiento de una pregunta: ¿cuánto hay de ficción en la información que manejamos acerca de la Malinche? De lo que no hay duda es de que el discurso histórico ha encontrado durante siglos en este sujeto mujer un más que rentable chivo expiatorio de la masacre de la ciudad de México. En este punto, cabe pensar a la Malinche como una figura instrumentalizada con un fin concreto: ser depositaria de la culpa. González Hernández nos dice que

la historiografía nacionalista sobre la Conquista no intentará explicar las causas del triunfo de ésta, sino señalar a los culpables. La Malinche será la pieza clave que debe encajar en el rompecabezas de la identidad nacional, se convertirá en el chivo expiatorio sobre el que descargar todas las culpas y todos los males que aquejaron a la nación en el pasado y de los que se deriva la situación actual. (2002: 90)

Y pese a todo, no se conserva muestra alguna de su voz, ningún documento histórico que narre los hechos desde su óptica. Así, la Malinche queda definida en tanto a lo que otros cuentan de ella:

¿Por qué, entonces, Marina, la de la voz, nunca es la dueña del relato? Su discurso soslayado por la forma indirecta de su enunciación, se da por descontado, se vuelve, en suma, "un habla que no sabe lo que dice", porque es un habla que aparentemente sólo repite lo que otros dicen. Su

discurso —para usar una expresión ya manoseada— es el del otro o el de los otros. La palabra no le pertenece. (Glantz, 2001)

En el presente trabajo nos acercaremos a un texto que recupera la figura de la Malinche y trata, de algún modo, de reescribirla. Es larga la lista de autores hispanoamericanos que han ficcionado a este personaje, así como también lo es la de aquellos que han recuperado en sus textos motivos relativos a un cierto origen histórico datado en la Conquista. En cuanto a la Malinche, Octavio Paz (1950), Rodolfo Usigli (1961), o Celestino Gorostiza (1958) son sólo algunos de los nombres masculinos entre quienes la recuperan como figura mítica en sus textos. Nos centraremos, en este trabajo, en las figuraciones de la Malinche en el siglo XX, en el panorama que queda tras la configuración del imaginario nacional mexicano en el siglo XIX. Por tanto, no hablaremos tanto de la Malinche como figura histórica sino más bien como figuración mítica. Con todo, cabe plantearse que no es tanta la diferencia que divide a ambas, pues los límites se tornan difusos desde el momento en que pensamos en un sujeto construido a partir de un discurso, discurso que da cuenta de una determinada mirada. En este sentido, es posible pensar que la figuración Malinche, en tanto personaje de ficción, estaba presente ya en la crónica de Bernal Díaz.² Así pues, en el panorama del XX, por lo que respecta a las reescrituras de la Malinche, podemos dibujar distintas líneas sobre las que se estas se inscriben. En primer lugar, es pertinente tener presente la que denominaremos la “línea clásica” de descripción de la Malinche, encarnada en este caso por Octavio Paz en su *Laberinto de la soledad* y que hace de ella un significante a todas luces negativo, al que describe de este modo:

Por contraposición a Guadalupe, que es la Madre virgen, la Chingada es la Madre violada [...] La Chingada es aún más pasiva. Su pasividad es abyecta: no ofrece resistencia a la violencia, es un montón inerte de sangre, huesos y polvo. Su mancha es constitucional y reside, según se ha dicho más arriba, en su sexo. Esta pasividad abierta al exterior la lleva a perder su identidad: es la Chingada. Pierde su nombre, no es nadie ya, se confunde con la nada, es la Nada. Y sin embargo, es la atroz encarnación de la condición femenina.

Si la Chingada es una representación de la madre violada, no me parece forzoso asociarla a la Conquista, que fue también una violación, no solamente en el sentido histórico, sino en la carne misma de las indias. El símbolo de la entrega es doña Malinche, la amante de Cortés. Es verdad que ella se da voluntariamente al Conquistador, pero éste, apenas deja de serle útil, la olvida. Doña Marina se ha convertido en una figura que representa a las indias, fascinadas, violadas o seducidas por los españoles. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo abandone para ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona su traición a la Malinche. (1998: 35)

² Díaz del Castillo, Bernal (2011 [1632]). *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* 1632). Barcelona, Galaxia Gutenberg.

Esta línea, por tanto, no pretende sino mantener la visión tradicional asociada al significativo Malinche, si bien, como veremos más adelante, ello no quiere decir que de su descripción de dicha figura no sea posible desprender ciertos atributos que hacen de ella un personaje más empoderado de lo que lo hacen otras corrientes de crítica. Más allá de esta tendencia, encontraremos ciertas representaciones de la Malinche que pasan por lo que denominaremos su "exculpación", esto es, por recrear al personaje desde una perspectiva distinta a la óptica privilegiada de la que da cuenta el relato tradicional que es, en muchos puntos, el discurso oficial.³ Dentro de esta tendencia, además, hallaremos otra que ve a la Malinche, en un sentido positivo, como madre de la mexicanidad mestiza;⁴ es decir, hace de su calidad de madre el motivo principal de lo que denominamos su "exculpación". En general, dentro de esta tendencia de resignificación que, digamos, trata de alejarse de la caracterización tradicional del personaje, dentro de la que se encuentra también la línea de la Malinche-madre, deberán analizarse las vías que se ponen en juego para tratar de subvertir la visión de la Malinche en tanto personaje negativo. Éste es, en efecto, uno de los objetivos fundamentales de este trabajo.

A lo largo del siglo XX —principalmente a partir de la segunda mitad— e incluso en el XXI, aparece una más o menos extensa lista de textos escritos por mujeres en los que se recupera a la Malinche y el mito que la envuelve, y que en un principio se adscriben a una línea que trataría de interpelar a la visión "negativa" del personaje que resumen las palabras de Paz (1998). Entre estas mujeres se encuentran Sabina Berman (1985), Rosario Castellanos (1975), Inés Stranger (1993), Lucía Guerra (1997) y Laura Esquivel (2006), entre otras. En esta línea, en el presente trabajo se analizará un texto que en un primer acercamiento no formaría parte de la que entendemos como visión tradicional de la Malinche, al menos en un sentido intencional: el relato "La culpa es de los Tlaxcaltecas" (1964), de Elena Garro.

No obstante, y más allá del hecho de que estudiemos a las mujeres que escriben a la Malinche en tanto, entendemos, sujetos que se sienten interpelados por la figuración mítica "negativa" del personaje, el hecho de que sus reescrituras sean automáticamente subversivas es tan sólo un apriorismo. De base, el texto parte de la voluntad de reescritura, pero en el lugar en que termina la voluntad y empieza el texto, éste pone en juego una serie de discursos que, lejos de sacar a la Malinche del molde sobre el que ha sido contada, recaen a menudo en mirarla de nuevo desde una posición privilegiada. Son estos límites de representación sobre los que tratará el presente trabajo, que abrirán acaso preguntas sin una respuesta clara.

³ Pensemos en el carácter documental que se ha atribuido históricamente a las llamadas "Crónicas de Indias".

⁴ Esta corriente pone de relieve el papel de Malinche como la madre del primer mexicano mestizo, debido a que tuvo un hijo de Hernán Cortés (Martín Cortés). Al respecto, el mismo Todorov comenta: "es cierto que la conquista de México hubiera sido imposible sin ella (o alguien que desempeñara el mismo papel), y que por lo tanto es responsable de lo que ocurrió. Yo, por mi parte, la veo con una luz totalmente diferente: es ante todo el primer ejemplo, y por eso mismo, el símbolo, del mestizaje de las culturas" (1998: 123).

Volver a por el testigo de una voz silenciada. Visiones de la Malinche en "La culpa es de los Tlaxcaltecas", de Elena Garro

El texto de Elena Garro "La culpa es de los tlaxcaltecas" recupera el mito de la Malinche a través de múltiples referencias. El título del relato anuncia, desde un primer momento y a modo de declaración de intenciones, la renuncia a cargar con el peso de una culpa histórica. Para ello, se hace uso de la referencia a la comunidad de los tlaxcaltecas, quienes se unieron a Cortés en una alianza que, en palabras de González Hernández "habría de ser definitiva para el triunfo final de la Conquista" (2002: 23).

El propio título reabre una serie de preguntas que obligan a repensar el episodio histórico de la conquista de México: ¿quiénes fueron los tlaxcaltecas? ¿Por qué no sabemos de ellos pero sí de la Malinche? Si "la culpa es de ellos", ¿por qué la historia ha olvidado responsabilizarlos? Este juego de referentes que lanza una propuesta de reescritura del discurso histórico más extendido —el que será, en el relato de Garro, el discurso oficial— tiene su punto de partida en el momento en que la mujer, ese doble otro, da cuenta de la enunciación de su voz. La protagonista del relato, Laura, de algún modo toma el testigo de la voz ausente de Malintzin, quien no aparece en ninguna de las crónicas de la conquista; no son pocos los rasgos que la asocian con este personaje ubicado a caballo entre la realidad y la ficción. Así pues, se trata de una mujer que se halla en una posición de frontera, en el centro de dos lados que incluyen una serie de oposiciones entre las cuales ella estará siempre en medio, condenada culpable por decisiones que escapan a su capacidad de elección.

Estos dos lados, dos lugares que son a la vez dos opuestos, dos historias, dos sistemas epistemológicos distintos, remiten de forma más o menos explícita a los dos bandos de la Conquista. De una parte, como testigo del conquistador aparece la ciudad, lo moderno o lo civilizado, que irá a menudo ligado a versiones oficiales de los hechos. De otra, los indios, la tierra, la sangre y la destrucción, pero también los orígenes. Ambos lados están, con todo, representados por la figura del hombre; dos hombres que son también maridos y en cierta forma amantes. La elección del hombre, una elección necesaria de la que el personaje no puede escapar, irá directamente asociada con la elección de uno de los bandos; cualquiera de las opciones, sin embargo, supone una traición, y esta se convierte en un estado del que el individuo no puede escapar. Como ocurrirá a lo largo del texto en diferentes cuestiones, no hay un tercer término en las dicotomías, sino que los referentes se construyen constantemente en función de pares opuestos, es decir, Laura no puede no elegir pertenecer a uno u a otro. Sobre esta base, el texto pone en escena el debate sobre la voluntariedad de las acciones de la Malinche, un punto fundamental en la cuestión de su reescritura. Así pues, si pensamos en una Malinche víctima de sus circunstancias, sin gran capacidad de resistencia a un entorno hostil que pone en juego su vida, acabará recayendo sobre ella una cierta actitud de pasividad o sumisión, mientras que pensarla como sujeto activo que elige el cambio de bando como estrategia vital justifica el argumento de la traición que la demoniza. ¿Cuál de ellas elegir, entonces, como estrategia

narrativa si se pretende desmitificar o dignificar al personaje? De alguna forma, el texto de Garro da la respuesta en su propio carácter ecléctico, es en la dificultad que encuentra el lector para comprender si realmente Laura asume o no la culpa donde subyace la protesta; parece, precisamente, que el personaje oscile constantemente entre dos polos insatisfactorios, y es éste el punto en el que el relato pone de manifiesto el conflicto del “indecible”,⁵ la necesidad de un tercer término.

En un primer momento, uno de los lados se presenta como origen y otro como destino, en base al estado actual de la protagonista. El origen significará, en cierto sentido, raíces, familia y tradiciones silenciadas; mientras que el destino, la civilización, se definirá a partir de la incomodidad de ella ante un espacio con el que no se identifica pero, sobre todo y explícitamente, producto de la violencia e intimidación que su marido “oficial”, Pablo, ejerce sobre ella: “La señora se quedó sin habla, mirando las manchas de sangre sobre el pecho de su traje y el señor golpeó la cómoda con el puño cerrado. Luego se acercó a la señora y le dio una santa bofetada” (1964: 128).

Cada lado de la frontera tiene asignados una serie de referentes, que remiten a la cuestión de las dicotomías. En esta línea, el espacio inicial en el que se mueve la protagonista se define, entre otros rasgos, a partir del adjetivo blanco —traje blanco, mosaicos blancos, tacita blanca, lajas blancas, puente blanco, vestido blanco— mientras que el espacio que identificaremos con lo indígena queda descrito en base a lo negro y a la noche, pero sobre todo a la sangre: “una sangre tan roja, que parecía negra” (1964: 125).

El relato se construye sobre el presupuesto que vertebra también el mito de la Malinche. Esto es, una mujer que ha abandonado sus orígenes, que ha abandonado a su pueblo; pero no sólo eso, sino que ha sido la causante, mediante un ejercicio de traición, del exterminio del mismo a cambio de situarse en una posición privilegiada que va directamente asociada a una relación sentimental con el vencedor. Sobre esta premisa que en un principio se presenta como asumida, y es por eso que ella misma se reconoce traidora, se construye el relato a través del diálogo con Nacha, una de sus criadas: “Sí, yo también soy traicionera, señora Laurita” (1964: 124). Es en dicho lugar de confesión, de escucha entre las dos mujeres, en el que es posible contar; ese será el espacio que posibilitará poner en duda la historia presupuesta a partir de una voz nueva que cuenta. Es un espacio privado, una cocina, en el que Laura queda legitimada para poder hablar, y el hecho de que sea Nacha, una criada indígena, la única que la escucha y comprende dice mucho sobre el carácter de dicha legitimidad por cuanto quien la otorga no tiene un poder sancionador reconocido. Por otra parte, al comparar las figuras de Nacha y Laura surge una nueva pregunta: ¿por qué no es Nacha, mujer indígena y criada, la Malinche del texto; por qué no es ella quien recupera su testigo? ¿Qué papel juega la subalterna en un texto en el que se pretende dar voz a la subalternidad? Mirar paralelamente a estas dos mujeres da la posibilidad de comparar sus similitudes

⁵ “Cabe llamar, ‘por analogía’, indecibles, a un cierto número de marcas, de unidades de simulacro, ‘que no se dejan ya comprender en la oposición filosófica (binaria) y que no obstante la habitan, la resisen, la desorganizan’ [...] *Posiciones*, págs. 56-57” (Derrida, 1977: 56-57). Nota a pie de página en la introducción de *La voz y el fenómeno* (Derrida, 1985: 12).

y diferencias e incluso extrapolarlas también a la situación de la mujer escritora de finales del XX que se enfrenta a la reescritura de la Malinche. ¿Hasta dónde llega la legitimidad de la mujer blanca —burguesa como Laura, o intelectual como Garro— para reproducir la voz de la india?⁶

En este sentido, el texto enfrenta las figuras de dos mujeres cuyas condiciones, si bien quedan unidas en algunos puntos, están separadas por otros a través de una línea que dibuja una relación de poder. La comparación entre Laura y Nacha hace posible distinguirlas por los privilegios que una tiene y la otra no; esto, pues, hace pertinente recordar el concepto de "interseccionalidad" que propone en su trabajo "Colonialidad y género" María Lugones (2008:77), y que va de la mano de la línea defendida por Yuderkys Espinosa, cuyas palabras suscribimos: "El tratamiento de raza y clase como diferencias menores entre las mujeres, o sea entre un grupo específico, tiende a naturalizar estas categorías como si ellas no fueran producidas por sistemas estructurales de dominación" (2014: 12). Así, como mínimo, es necesario tratar con cuidado el concepto de lo "femenino" como noción generalizadora o demasiado abarcadora.

Un abismo entre dos orillas

A través de las palabras de Laura se abre una grieta hacia el mundo de los indios, que se muestra como un sistema epistemológico totalmente distinto al presentado al inicio, cuya comprensión queda problematizada desde el momento en que trata de ponerse en palabras. Esta visión del mundo, que conlleva también un conjunto de creencias —"¿No eran así las palabras de tus mayores?" (1964: 124)—, pero también de concepciones en torno al tiempo y el espacio, se colará a través de la grieta abierta por la voz de Laura para desordenar la presentación de su relato. Así pues, la comprensión de lo que ella cuenta pasará necesariamente por un replanteamiento por parte del lector de toda una serie de presupuestos asentados en la mirada occidental. De otro modo, sólo queda asimilarse a la visión de Pablo y de Margarita y pensar que las escenas que pertenecen al otro lado, cuando ella asegura haber estado con los indios, no son sino fruto de una alucinación del personaje y, por lo tanto, no son reales —"¡Pobre hijo mío, tu mujer está loca!" (133)⁷—. A propósito de

⁶ A propósito de ello, es interesante la propuesta de análisis de Glantz en "Las hijas de la Malinche" acerca de este texto, que vuelve la mirada sobre las condiciones de enunciación ya no del personaje sino de la autora del texto: "[...] Y ese tamaño lo cuantifica el hecho de que, siglos más tarde, sea una mujer de la clase dominante la que se conciba a sí misma como traidora, como Malinche: una Malinche rubia que como la indígena traiciona a los suyos pero reforzando el revés de la misma trama porque al traicionar no aumenta las filas de los conquistadores sino de los conquistados, las de los vencidos: ha asumido su visión" (1994: s/p).

⁷ No son pocos los casos en que la narrativa de Elena Garro, en concreto del cuento que ocupa nuestro análisis, ha sido catalogada bajo los límites de lo real maravilloso —ver Rosas Lopátegui (2012) y Ruiz Serrano (2011). A nuestro parecer, dicha clasificación limita el análisis del texto. Recuperamos una cita de Helena Usandizaga en el prólogo a *Palimpsestos de la antigua palabra. Inventario de mitos prehispánicos en la literatura latinoamericana*, a propósito de la dificultad de analizar las representaciones de lo prehispánico: "[...] Si tenemos en cuenta estas

la noción de Occidente o “lo occidental” en el presente trabajo, nos remitimos a las apreciaciones de Hall:

Si bien tenemos que usar generalizaciones escuetas como “Occidente” y “occidental”, necesitamos recordar que ellas representan ideas muy complejas y que no tienen significados planos o únicos. A primera vista, estas palabras podrían relacionarse con asuntos de geografía y ubicación; pero al ser examinadas detenidamente, son más que esto ya que también usamos las mismas palabras para referirnos a un tipo de sociedad, a un nivel de desarrollo, etc. (1992: 2)

Las escenas del texto a las que hacíamos alusión, que se van deslizando a través de las palabras de la protagonista y que la india Nacha sí que es capaz de comprender, ocurren en un orden temporal distinto al que los demás miembros de la casa pueden comprender, y a medida que ella se acerca a ese otro lado, distinguir entre ambos sistemas se hace cada vez más difícil. A lo largo del texto la cuestión temporal es recurrente, y vuelve constantemente sobre la problemática de dos paradigmas temporales incompatibles:

—Ya falta poco para que se acabe el tiempo y seamos uno solo... por eso te andaba buscando— se me había olvidado, Nacha, que cuando se gaste el tiempo, los dos hemos de quedarnos el uno en el otro, para entrar en el tiempo verdadero convertidos en uno solo. (1964: 126)

Y volver a entender el tiempo significa necesariamente recordar, volver a los orígenes y a las creencias olvidadas. En esta línea, pensar el tiempo supone incurrir en la cuestión de la memoria, que enlaza directamente con el discurso de la Historia y obliga a revisar lo asumido, a recordar lo contado y lo escuchado, a regresar. Una vez ha vuelto del otro lado, a Laura le cuesta más y más comprender la concepción del tiempo que domina en el “aquí”: “En el café un reloj marcaba el tiempo. En todas las ciudades hay relojes que marcan el tiempo, se debe estar gastando a pasitos” (130).

Pero el ejercicio de la memoria no le sirve únicamente para volver a su identidad original, para recuperar de algún modo aquello que olvidó al cambiarse de bando, sino que supone también recordar la masacre. Es este el precio —¿castigo?— que Laura debe pagar para volver: recordar su traición y la angustia de su pueblo de la que ella acaba siempre responsabilizada. A medida que se acerca el final de la historia, las voces que le recuerdan, como una alarma, que no es inocente, envuelven su relato: “Los gritos de los niños apenas me dejaban oírlo. Venían de lejos, pero eran tan fuertes que rompían la luz del día” (1964: 134).

Aunque la historia se plantee como un relato de regreso a los orígenes, este viaje que emprende el personaje no es unidireccional ni únicamente físico. El aquí y el allí se funden en un presente difícil de enunciar, y el

contradicciones, podremos evitar la fórmula de catalogar esta literatura mítica como “real maravilloso” o “realismo mágico”, dándole así un valor asombroso y exótico que simplificaría sin duda la complejidad de lo mítico, o la de adjudicarle un valor antropológico meramente descriptivo o a lo sumo reivindicativo que aplanaría su irradiación literaria” (2013: 5).

desplazamiento en el espacio que supone también un desplazamiento en el tiempo se inicia precisamente con el cruce de un puente blanco, el puente que conecta dos formas de existir y dos visiones del mundo. Se trata de un viaje de ida y vuelta constante; el puente se cruza una y otra vez, lo cual da pie a que se repita el tópico de la traición como un castigo cíclico —“Y yo me escapé otra vez, Nachita, porque sola tuve miedo” (1964: 131)—. Este recurso enlaza con el concepto circular del tiempo que impregna progresivamente el relato y que lo oscurece al romper con su linealidad. Y sobre esta base cabría preguntarse hasta qué punto no es Laura ese puente blanco, que conecta los dos lados y está condenada a permanecer en la frontera indecible entre dobles cuyas fuerzas la empujan en dos direcciones opuestas. Podría decirse, pues, que dicho puente que ella cruza constantemente no representa sino la experiencia de su yo, que se constituye en una permanente frontera.

Con todo, en ese “sola tuve miedo” aparece una nota disonante; hay, efectivamente, en ese intento de Laura por exculparse, por reescribir en ella a la Malinche, una cierta asimilación de la propia vulnerabilidad. Si bien es cierto que en el texto se parte de la asunción del discurso oficial de la culpa para transformar esa posición inicial de culpabilidad en otra visión más heterodoxa de los sucesos que refiere, ello no significa que se deje atrás una cierta retórica que hace de la mujer inocente una mujer que ha errado por su excesiva confianza en el hombre, por su vulnerabilidad o bien por su ignorancia. En dicha línea, el tópico del amor hacia el hombre —en este caso, sea conquistador o sea indígena— se erige en uno de los causantes fundamentales de una actitud que hace de ella una mujer de carácter volátil o poco firme.⁸ Es ésta una de las cuestiones fundamentales que cuestionamos del texto, y que abre irremediamente una pregunta: ¿por qué mecanismos pasa dicha necesidad de exculpar a la Malinche para resignificarla?

Hay entre los dos lados que el relato pone en escena, representados cada uno por un hombre, una permanente incompreensión que da cuenta de su pugna. Como opuestos, sus visiones del mundo son incapaces de compatibilizar y, por tanto, no hay entre ellos posibilidad de entendimiento. No obstante, el tercer elemento en discordia, ella, tiene la capacidad, si bien impuesta, de comprenderlos a ambos. La Malinche intérprete, desde su identidad dividida, puede entender lo que ocurre a los dos lados, y sin embargo nadie excepto Nacha parece tener la intención de otorgarle crédito a su palabra. Con todo, si bien se expone la incompatibilidad de sistemas de entendimiento entre los dos hombres, no ambos tienen la misma caracterización ni se encuentran en posición igual. El discurso que enuncia Pablo, personaje que es, por otro lado, abiertamente violento y autoritario, es compartido por el resto de miembros de la casa y coincide con la versión oficial de los acontecimientos; guarda cierta correspondencia con la retórica de poder del conquistador. Se trata de un ritual de dominación, que anula la identidad del indio y que lo margina en un allá

⁸ Sobre esta base, se justifica una división metafísica que atribuye al hombre el rasgo de lo racional, y a la mujer el de lo intuitivo, irracional o pasional.

fuera de los límites del orden, atribuyéndole características que nada tendrán que ver con lo que las otras voces cuentan de ellos:

Josefina traía el *Últimas Noticias*. Leyó en voz alta: “La señora Aldama continúa desaparecida. Se cree que el siniestro individuo de aspecto indígena que la siguió desde Cuitzeo, sea un sádico. La policía investiga en los estados de Michoacán y Guanajuato”.

La señora Laurita arrebató el periódico de las manos de Josefina y lo desgarró con ira. (1964: 131)

En efecto, Laura sabe que lo que cuenta la versión oficial, los periódicos, no es cierto, y su capacidad de interpretar lo que sucede en ambos lados le da la posibilidad de ser testigo de cómo los relatos oficiales cuentan una versión interesadamente ficcionada de los acontecimientos, y que construyen una visión del otro asentada sobre el desconocimiento. Sin embargo, no puede ir más allá de su papel de testigo, porque su voz no está validada para contar la historia y sólo se puede enunciar en el plano de la intimidad.

Sobre el amor como tópico

Tal y como se ha expuesto, podemos observar el modo en que el amor sirve como tópico para dar pie a las demás problemáticas que se abordan en el texto. Todo lo relativo a la cuestión de la memoria, la traición, los orígenes, e incluso a la historia de la conquista de México surge a través de un acontecimiento de temática amorosa. Este hecho va en relación directa con que quien enuncie sea ella, una mujer entre dos hombres —o entre dos mundos de hombres— cuya existencia, como la de Malintzin, es contada en tanto elige —o acaba forzosamente por— ser amante de uno o de otro. El hecho de que el amor vertebre la elección entre los pares no es casual, y va en directa relación con la condición de mujer de la protagonista. Esta cuestión se establece como presupuesto para todo lo que se narra, como punto de partida para contar. Es, pues, una especie de código que se impone al personaje femenino para hablar a través de él, para enunciar desde el filtro de la sentimentalidad: una forma de contar que además dialoga con el discurso histórico, que frecuentemente ha descrito a la Malinche en función de su amor o no hacia Cortés.

El relato que se cuenta a través del diálogo deja entrever en ella el desasosiego, la angustia generada por una culpabilidad impuesta que se pretende pero no se termina de comprender. Como podría haber hecho Malintzin, Laura cuenta a una voz que escucha una experiencia de los hechos, al fin y al cabo tan subjetiva como el discurso de la historia, y en ese sentido tan válido como la crónica de Bernal Díaz, que ella misma relee una y otra vez. Sin embargo, la cuestión de la culpa no desaparece. ¿Qué significa, entonces, aquella frase que da título a la obra y que se repite en más de una ocasión? Tal vez, tras leer repetidas veces la historia de la conquista de México,⁹ tras volver a los orígenes pero esta vez desde los ojos del conquistador, tras verse en el reflejo

⁹ En el encierro de Laura cuando está “enferma”, se expone que ella lee repetidamente la crónica de Bernal Díaz del Castillo (2011), citada en apartados anteriores.

de la Malinche, Laura por fin puede apropiarse de su historia y comprender dónde se sitúan los límites de enunciación de ambos relatos: el oficial, en relación con las Crónicas de Indias,¹⁰ y el suyo, que acaso podría ser la voz de la Malinche que nunca escucharemos. Con todo, recuperando reflexiones anteriores, y más allá de que el relato consiga disparar ciertas lecturas subversivas en el intento de reficción al personaje, insisto en que, en cierto modo, el precio que el discurso paga para exculparla —construir un lugar de enunciación distinto que haga tambalearse el discurso oficial— pasa por construir a Laura como un personaje que, si bien en vías de un aprendizaje redentivo, se caracteriza por la ya mencionada actitud ingenua y cambiante, que utiliza el plano de la sentimentalidad como base de sus actos.

Conclusiones

Tal y como se ha visto, las preguntas que el texto plantea a menudo no se cierran, y dejan espacio a una reflexión en torno a diversos ejes: la necesidad de exculpación y el motivo amoroso como soporte a la misma, o bien, la configuración de la Malinche como un sujeto activo o pasivo, entre otras cuestiones. Sobre esta base se construyen dos de las principales "versiones del personaje", a saber, una victimizada y otra demonizada por traidora a su pueblo. Estas dos caras, que configuran dos polos, se interpelan entre sí, se complementan y entrecruzan acaso en busca de un tercer término. En "La culpa es de los Tlaxcaltecas", Laura parte de una pasividad reconocida y acaba traspasando en ocasiones la frontera hacia la determinación de su propio porvenir pero, como ocurre con todas las cuestiones que el texto aborda, en su viaje nunca hay un destino; Laura está condenada a oscilar entre dos posiciones. Por otra parte, es necesario recordar que, aunque Laura —la Malinche de nuestro relato— decida finalmente enunciar su voz, su discurso no está autorizado —es una "loca", como hemos visto—; no se expresa en el código del conquistador y, por tanto, más allá de la voluntariedad, no es ni será susceptible de ser comprendido.¹¹

En relación con la configuración del personaje en tanto activo o pasivo se encuentra la cuestión de la cesión de voz. Si nos remontamos a las circunstancias de producción de los textos, es decir, a las condiciones desde las cuales la autora parte a la hora de tomar la voz de la Malinche, es necesario poner de relieve la serie de limitaciones que genera la voluntad de reproducir la voz —o la ausencia de voz— de la india, y las contradicciones discursivas que de ellas se derivan. La problemática, en resumen, se reduce a si la autora tiene o no legitimidad para figurar la voz de la india y a qué formas toma esta representación, si dan cuenta o no de una imposibilidad: la de reconstruir, efectivamente, su verdadera voz.

Si la Malinche es una figuración narrativa, un personaje más de tantas ficciones latinoamericanas, utilizar su esquema sirve, tanto a Elena Garro como

¹¹ Véase Spivak (2009: 120-122).

a varias de las autoras contemporáneas mencionadas en la introducción, para enunciar una respuesta a relatos anteriores e interpelar al discurso histórico. No obstante, y como se ha comprobado, se reabre con ellos un nuevo juego de representaciones que escenifica una tensión; el principio de no recaer en las visiones sobre la mujer —indígena— que proporciona la óptica patriarcal dominante se vuelve también para la —mujer— intelectual contemporánea un desafío del que sin duda los textos son testigos, a la vez que respuestas.

BIBLIOGRAFÍA

- ASENSI PÉREZ, Manuel (2004), “¿Qué es la deconstrucción de Jacques Derrida?”. *Visions de l'Escola Tècnica Superior d'Arquitectura*, vol. 3, pp. 11-19.
- BERMAN, Sabina (1984), “Águila o sol’ en *Teatro de Sabina Berman*”. México, Editores Mexicanos Unidos, pp. 225-265.
- BUTLER, Judith (2002), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del ‘sexo’*. Buenos Aires, Paidós.
- CASTELLANOS, Rosario (1975), *El eterno femenino: farsa*. México, Fondo de Cultura Económica.
- DERRIDA, Jacques (2014 [1977]), *Posiciones. Entrevistas con Henri Ronse, Julia Kristeva, Jean-Louis Houdebine y Guy Scarpetta*. Valencia, Pre-Textos.
- DERRIDA, Jacques (1985), *La voz y el fenómeno*. Valencia, Pre-Textos.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal (2011), *Historia verdadera de la conquista de la nueva España*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores.
- ESQUIVEL, Laura (2006), *Malinche*. Barcelona, Santillana.
- ESPINOSA, Yuderlys (2014), “Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica”, *El Cotidiano*. Consultado en <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32530724004>> (16/06/2018).
- FOUCAULT, Michel (2006), *Genealogía del racismo*. La Plata, Altamira.
- GARRO, Elena (1964), “La culpa es de los tlaxcalteca”. *Repositorio Institucional de la Universidad Veracruzana*. Consultado en <<http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/968/1/1997102P123.pdf>> (16/06/2018).
- GIRONA FIBLA, Núria (2008), *Rituales de la verdad. Mujeres y discursos en América Latina*. París, RILMA/ADEHL.
- GLANTZ, Margo (1994), “Las hijas de la Malinche”, *Cervantes Virtual*. Consultado en <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/las-hijas-de-la-malinche--0/html/4b61637f-d0ff-4dc9-85e7-f153ba002088_4.html> (16/06/2018).
- GLANTZ, Margo (2001), “La Malinche: la lengua en la mano”, *Cervantes Virtual*. Consultado en <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-malinche---la-lengua-en-la-mano-0/html/6daba5d3-e7eb-42c0-b258-a77fb077a952_7.html> (16/06/2018).
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto (2000), *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. México, FCE.

- GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, Cristina (2002), *Doña Marina (la Malinche) y la formación de la identidad Mexicana*. Madrid, Ediciones Encuentro.
- GOROSTIZA, Celestino (1970), "La Malinche o La leña está verde", en *Teatro mexicano del siglo XX*. México, Fondo de Cultura Económica.
- GUERRA, Lucía (2006), *Frutos extraños*. Santiago, Cuarto Propio.
- HALL, Stuart (1992), "Occidente y el resto: discurso y poder". *Course Hero*. Consultado en <<https://www.coursehero.com/file/13608987/Hall-Occidente-y-el-Resto-1/>> (16/06/2018).
- HALL, Stuart (2003): «¿Quién necesita identidad?» (pp. 13-39) en *Cuestiones de identidad cultural*, compilado por Stuart Hall y Paul Du Gay. Buenos Aires, Amorrortu.
- LUGONES, María (2008), "Colonialidad y género", *Tabula rasa*, n.º 9, pp. 73-101.
- PAZ, Octavio. (1998). *El laberinto de la soledad*. Madrid, Fondo de Cultura Económica de España.
- ROSAS LOPÁTEGUI, Patricia (2012): "La magia innovadora de Elena Garro", *Revista Casa del Tiempo*, vol. 1, n.º 10, pp. 41-46. Consultado en <http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/10_iv_ago_2008/casa_del_tiempo_eIV_num10_41_46.pdf> (16/06/2018).
- RUIZ SERRANO, Cristina (2011), "Paradigmas patriarcales en el realismo mágico: alteridad femenina y 'feminismo mágico' en *La casa de los espíritus* de Isabel Allende y *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro", *Bulletin of Spanish Studies*, vol. 88, n.º 6, pp. 863-885. DOI: <<https://doi.org/10.1080/14753820.2011.603492>>.
- SPIVAK, Gayatri C. (2009), *¿Pueden hablar los subalternos?* Barcelona, Publicacions del Museu d'art contemporani de Barcelona (MACBA).
- STRANGER, Inés (2012), *Malinche*. Buenos Aires, CELCIT (Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral. Consultado en <<https://www.celcit.org.ar/bajar/dla/375/>> (16/06/2018).
- TODOROV, Tzvetan (1998), *La conquista de América. El problema del otro*. México, Siglo veintiuno editores.
- USANDIZAGA, Helena (ed.) (2013), "Prólogo: los caminos del mito", en *Palimpsestos de la antigua palabra. Inventario de mitos prehispánicos en la literatura latinoamericana*. Berna, Peter Lang, pp. 1-11. DOI: <<https://doi.org/10.3726/978-3-0353-0514-2>>.
- USIGLI, Rodolfo (1983), *Corona de sombra; Corona de fuego; Corona de luz*. México, Porrúa.